Folk-Lore Calchaquí

POR EL

Dr. ADAN QUIROGA

PUBLICADO EN EL BOLETIN DEL INSTITUTO GEOGRAFICO ARGENTINO, TOMO XVIII, CUADERNOS 7, 8 Y 9.



BUENOS AIRES

IMPRENTA Y PAPELERIA «LA BUENOS AIRES»

MORENO ESQUINA PERÚ

1897

Folk-Lore Calchaquí

POR EL

Dr. ADAN QUIROGA

PUBLICADO EN EL BOLETIN DEL INSTITUTO GEOGRAFICO ARGENTINO, TOMO XVIII, CUADERNOS 7, 8 Y 9.



BUENOS AIRES

IMPRENTA Y PAPELERIA «LA BUENOS AIRES»

MORENO ESQUINA PERÚ

1897

FOLK-LORE CALCHAQUÍ

Al americanista JUAN B. AMBROSETTI.

Es tan poco lo que nos han dejado, en citas y apuntes breves y dispersos los cronistas católicos sobre los dioses y supersticiones de Calchaquí, que es necesario, para rehacer la mitología de la montaña, acudir al *Folk-Lore*,—la tradición viviente en boca del pueblo,—medio eficaz de investigaciones.

Y es que, por más que pudiera creerse otra cosa, no obstante los siglos que van corridos, perduran en Calchaquí los rastros luminosos del pasado, luchando incesantemente con el tiempo y la cultura actuales. Llegan de tarde en tarde al oído que quiere escuchar, las algazaras estrepitosas, los cantares melancólicos y báquicos, las gentiles invocaciones, que salen de los labios y las gargantas empapadas con el licor de la algarroba. De tiempo en tiempo llénanse los épicos valles con la algarabía de la fiesta indígena, como una resurrección mística de la raza, desde Antinaco, Machigasta, Pituil, Tinogasta, Pomán, hasta Santa Maria, Quilmes, Tolombón, Luracatao, Cachi, y más allá aún, hasta Humahuaca. Moran por esos valles lejanos la deidad funesta de la adversidad, el dios de las bacanales de *aloja*, el dueño de las aves, y la madre de los cerros, de seno fecundo, que amamanta al guanaco, da *choclos* al maíz y cuelga vainas amarillas del *tacu* consagrado. Abundan todavía leche y miel en las faldas de la montaña.

Temerosas de su ropaje nativo y del desdén y menosprecio del

vulgo profano que no las entiende, porque jamás las conoció, las divinidades de la tierra guarécense en el corazón del rancho de barro ó de *quincha*, haciendo de sacerdote de ese culto reservado el gaucho indígena, ó rara vez en público el *alli*, el hombre bueno, vasallo de la real dignidad del Inca, que sigue tras las andas del santo, mitad aquel cristiano y mitad indio, rodeado de diáconos criollos, quienes tamboril en mano, como en la procesión del *Niño Alcalde* de Todos los Santos de la Nueva Rioja, entonan las palabras de la adoración quichua:

«*Santullay, santullay*
Yayhuariscu, yayhuariscu.
Achallay mi santu
Chaimin canqui, etc.»

Cuanto más el indio se aferra en guardar como reliquia la tradición de sus mayores, tanto más combatido se vé por los profanos de su culto, entre los que figuran en primera línea los curas de campaña, los que, como Maubecin con el *Chiqui*, empéñanse tenazmente en concluir con esas tradiciones, temerosos de que perduren en el pueblo las prácticas gentiles; pero el vulgo acostumbrado á ellas y amante de fiestas y ruidosas bacanales, resístese obstinadamente á su desaparición.

Hablando de la fiesta riojana de la dinastía político-religiosa de los Nina, quienes han conservado el derecho de celebrar solemnemente las conversiones de gentiles de San Nicolás de Bari, auxiliado por el Niño Jesús, el Dr. Joaquin V. Gonzalez, tratando de la popularidad de esta misma fiesta y de la ojeriza con que los sacerdotes la miran, dice: «Debe notarse que el clero no le presta su auxilio; la procesión « es puramente popular, y su sacerdote único, el Inca, seguido de sus « cofrades y alféreces; pero está de tal manera arraigada en la cos- « tumbre, que han sido vanas é impotentes las tentativas para supri- « mirla. Gobernador hubo que queriendo prohibirla provocó un motin « que puso su vida en peligro; y cuando uno de los vicarios de aque- « lla iglesia impidió la entrada al templo de la procesión del Niño « Alcalde, suscitó en tal grado las iras de la muchedumbre y tal lluvia « de improperios é insultos se atrajo de los hombres y las mujeres,— « siempre, eso sí, salvo la corona y el hábito, — que llegaron algu- « nas de esas profetisas á augurale una muerte desesperante y ho- « rrible.» (1)

Repito que lo que es puramente de la ritualidad indígena; lo que ha dejado de ser una fiesta popular; las canciones invocando á las divi-

---

(1) *Mis montañas*, pags. 103 y 104.

nidades de la tierra; los versos quichuas, las *vidalas* y las prácticas puramente nativas, están guardados en los pueblos apartados, con religioso respeto, velados por el secreto y el misterio. Supe por el médico pomanista *Bambicha* que la india Maria, de Machigasta, por ejemplo, sabía todo lo concerniente á la fiesta del *Chiqui*, y que era entendida en el ceremonial de las cabezas de *aves* arrebatadas á *Llastay* para aplacar á aquel, é imposible me fué, por más esfuerzos que hice, sacarle una sola palabra.—Para qué, para qué,—me decía; ¿para que se rían de nosotros? Nó; ya no hay objeto; esos tiempos se han ido (tan lindos que eran), para siempre jamás!... — recordándolos con la tristeza profunda con que se rememora á lo que más se quiso, y se perdió en la vida.

I

El Chiqui

Es una divinidad importada del Perú, la que con su caracter típico ha arraigado de tal modo en nuestros pueblos de esta parte de los Andes, que hoy día mismo no hay gente en Calchaquí que no conozca el nombre del numen funesto.

El *Chiqui* es la adversa fortuna, la fatalidad, el reverso de *Pucllay* y *Pacha Mama*. (1).

Para el buen logro de cualquier empresa, el indio tenía que invocarle; sinó las cosas salían al revés de lo que se quería. Imposible era la vida de la tribu, en la aridez de la llanura, sin el sustento de la algarroba y el maiz, —y había que implorar al Chiqui para que la cosecha fuera pingüe. Si el suelo, por falta de lluvia no podía alimentar los árboles ni la mata de yerba para el *carnero de la tierra*, demandábase de Chiqui que no cerrase las cataratas del cielo. Si sonaban cornetas y *pingollos* anunciando la batalla, había que beber aloja en su loor, para que la suerte fuese propicia á la tribu. Las guerras, la seca, los huracanes, las pestes, los temblores, *Illapa* cayendo con furia y desgajando el *tacu* secular, — todo era obra de ese Chiqui, demonio Calchaquí, á causa del cual el hombre es desgraciado.

Hablando Montesinos (2) de los sucesos que tuvieron lugar en el Perú, más ó menos al iniciarse esta era, trae el siguiente párrafo per-

---

(1) *Chi*, es cosa parada; *qui*, partícula que significa ambigüedad, doblez; luego *Chiqui*, es cosa *doble*, llena de *falsía*.

(2) *Memorias*, Ed. Madrid, 1882, Cap. XIV.

tinente al asunto: «Era tan grande, dice, la turbación que por estos «tiempos tuvieron los habitantes del Cuzco y todas las provincias del «reino, así por las señales prodigiosas que cada día parecían en el «Cielo con tanta variedad de cometas y contínuo temblor de tierra y «destrucción de los edificios, como por la multitud de gentes que por «todas partes venía publicando la destrucción y expulsión de los ha- «bitadores del reino, que el rey Titu Yupanqui Pachacuti, lleno de «congojas y melancolías no atendía sinó á hacer sacrificios á los dio- «ses. Aumentábasele la tristeza, porque los ariolos, tarpuntaes alca- «huizas y otros hechiceros y sacerdotes, le dijeran que en las entra- «ñas de los animales habia muy malos pronósticos y malos sucesos en todo, y que *el* CHIQUI *que asi llamaban á la* ADVERSA FORTUNA, pre- «dominaba en todas las cosas tocantes al rey.»

Comentando este pasage Lafone Quevedo (1) dice: «Aquí vemos que «esta palabra, *chiqui* al decir de Montesinos, ya en época muy remo- «ta se aplicaba al infortunio. Los temblores, la destrucción de ciuda- «des, los fenómenos en el Cielo y en la Tierra, las hordas conquista- «doras del viejo mundo se reproducían en América:—todo era espan- «to y confusión. Desde Pachacuti VI hasta Pachacuti VII parece que «median quinientos años y estos son los de las tinieblas en el Perú;— «en ellos se perdieron las letras.»

«En pocos años más, añade, hasta el nombre de *Chiqui* se habrá «perdido en lo que una vez fué Tucuman, más tarde, la cuenca ó Va- «lle de Londres, y hoy es el Poman de Catamarca.»

El Chiqui es el padre de los sacrificios. Para aplacar á esta divinidad funesta, había que llegar hasta arrebatar á Llastay, el dueño de las aves de las llanuras, sus más queridos hijos.

No es concebible fiesta del Chiqui sin cabezas de animales. Estas cabezas de animales, sin duda alguna, son la sustitución de las cabezas del hombre, que con sacrificios humanos se le aplacaba: *runa arpamyiguan*. Además, yo no abrigo dudas, después de recojidos muchos datos, de que los sacrificios de las tinajas ó urnas funerarias tendrían que ver con el Chiqui. Lo que más frecuentemente se demandaba (como hasta hoy) del Chiqui, era lluvia, pedida á *Yaya* por la tribu sedienta. En las tinajas todo habla de agua. Bajo el arco de las largas cejas de la figura de las mismas, se vé á la serpiente, la que siempre suele salir de las grietas de la piedra, con agudos silvos, cuando la tierra quema; luego, todo el simbolismo de las urnas son rayos, y á veces rayos con cabezas de serpientes; el *suri*, aparece correr en ellas con el pico abierto, la larga pierna doblada en la rótula, suelto á

(1) LONDRES Y CATAMARCA, Apend. E., pag. 378

os vientos el plumaje de sus alas —todo lo cual es un símbolo de lluvia. Este *suri*, como luego lo probaré, tiene que ver mucho con el Chiqui. Las manos del ídolo de la misma urna, sugetan un jarro de boca abierta que yo antes tomé equivocadamente por ombligo del ídolo. Va la siguiente urna de Amaicha (Tucumán) que es una prueba de cuanto digo (fig. 1). Aun más: en recientes piezas que he adquirido de Santa Maria, toda duda al respecto se desvanece. Ya la figura, con su vaso ó cántara, que pide lluvia, está fuera de la tinaja. Aquello que sugeta es un vaso todo hueco, como demandando agua (fig. 2). Después de esto, los zapos, renacuajos, lagartos en las urnas, así como estos mismos animales al borde de las pequeñas tinajas ó *huillquis*, metiendo la cabeza dentro para beber, son signos indiscutibles de agua.



Fig. 1.—Urna de Amaicha
Colec. Museo Nacional

Tampoco es concebible la fiesta del Chiqui sin el *árbol*, el *tacu*, que da la algarroba, con la que se elabora la chicha de las libaciones á la divinidad funesta. El *árbol*, con cuyo nombre se llama al algarrobo, fué siempre venerado en Calchaquí, más que la palmera en el desierto; la cabeza del sacrificio se colgaba de él, y hoy cintas, masas, y *huahuas*, sin duda en sustitución de la carne humana; bajo el árbol hácense también las libaciones de aloja fermentada.



Fig. 2.—Ídolo de Santa Maria
Colecc. Inst. Geog.

Repito que la fiesta del Chiqui es sacrificio para aplacarle, la que tanto parece coincidir, como lo ha hecho notar Lafone Quevedo, con la *caza de la cabeza* de los Dayak de Borneo, para ofrecerla á *Tiwah* ó la *Muerte*, descrita por el Marqués de Nadaillac. (1)

En Pomán (Colpes), Machigasta y Tinogasta (San José) he tomado apuntes sobre esta «fiesta del Chi-

(1) *Revue des deux Mondes*, 1884, pag. 425 (Laf., op. cit.).

qui», á la que se denomina de este modo. Lo que dijo el indio Peralta. coincide con lo que cuenta el médico *Bambicha*, descendiente del cacique dueño de Guañumil y Joyango, lo mismo que con lo que me dijo un indio tinogasteño.

He aquí en qué consiste la fiesta.

Antes de nada, hombres y mujeres se reunían bajo el *tacu*, decidiéndose à su sombra que los indios más *vaqueanos* cazaran durante dos días, en el llano y el cerro, las *aves de Llastay*, ó sea: guanacos liebres, zorros, *quirquinchos*, suris (también estas, según Bambicha, aunque parece que nó) y otros animales. Reunidos éstos, eran sacrificados con mucha ceremonia, cantos y libaciones, cortándoseles la cabeza con cuello, asándolas en una hoguera improvisada. A los quirquinchos los asaban enteros. Esto es el simbolismo del viejo sacrificio humano que presidía el «dueño de la cabeza», ó *humaniyoc*.

Las cabezas eran repartidas entre las gentes, las que alzándolas en alto, tomadas del cuello, hacíanlas saltar, en medio de cantos y gritos infernales, en los que se demandaba de *Yaya* lo que la tribu ansiaba. Cuando se trataba de pedir *agua*, formábase un círculo de hombres y mujeres, que daban vueltas, danzando. En el centro de la rueda estaba el codiciado tinajón de aloja. Luego, cada cual alzaba su cántaro particular, que ponía sobre la cabeza, lleno también de aloja, atronándose los aires con el grito:

—*¡Inti rupas tian!*

(¡El Sol está quemando!)

La india María, de Machigasta, celebró la ceremonia con una cabeza de un pequeño guanaco, momentos antes de llegar yo; pero me fué imposible conseguir lo hiciera en mi presencia, y eso que me valí de la influencia del mentado *Bambicha*.

En Tinogasta, se toman de la mano, y la rueda danza dando vueltas en torno de la tinaja de aloja, cantando coplas quichuas cuyo pié es:

—*Vidaychunquichu, vanquichu*.—Luego, dase vueltas al rededor del *arbol*, con las mismas cabezas de animales, entonando la *vidala* indígena y bebiendo aloja de un modo pasmoso. Por la tarde es la carrera á pié, separados en grupos hombres y mujeres, como á dos cuadras de distancia del algarrobo, lanzándose todos á la carrera, á fin de llegar primero y conseguir la *huahua*, colgada del árbol, premio al más veloz.

Lafone Quevedo (1) nos dá el canto del Chiqui, en el que se notan visibles rastros de *canto solar*, tal como el Folk-lore actual ha podido

---

(1) Londres y Catamarca, cit, Apénd. F.

recogerlo de boca del Presb. don Juan Vazquez y Amado, cura de los Sauces (Rioja). Helo aquí:

« Huirapuca Corriti;
« Runaca cusiqui, cusiqui purinqui:
« Caballumpi armachis, armachis purinqui:
« Arquituta silvas silvas purinqui:
« Huilla, talca, saltas saltas purinqui:
« Uñapa, uñapa cuasi pasa:
« Uñapa, uñapa, asilo topanse, asilo guatanse:
¡Huipe, Huipe!
¡Cot. Cot. Cot!»

En Tinogasta (Rio Colorado), *Se-len-se*, parece ser el estribillo del canto al Chiqui.

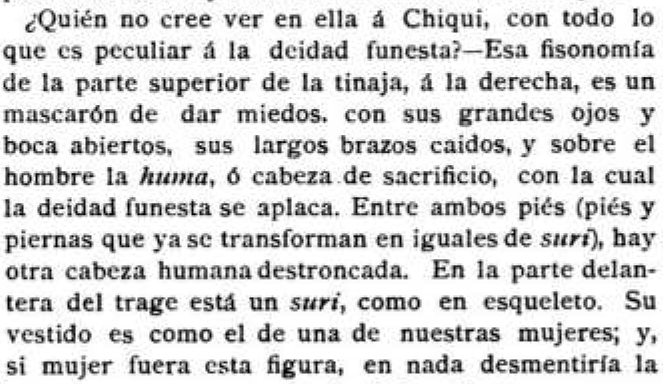
Pasando á otra cosa sobre el mismo asunto, el Chiqui, como todo dios de Calchaquí, debe necesariamente tener su imagen especial. Siempre me he preocupado de buscarla entre centenares de ídolos que conozco; y, francamente que no daba con nada que típicamente representase á la divinidad funesta, hasta que por suerte pude conseguir del valle de Santa María una media docena de urnas funerarias, en las que no dudo que este Chiqui está representado entre las pinturas de la misma.

Si ello es así, será, por más de un motivo, un descubrimiento bien interesante.

He aquí la urna (Fig. 3) principal de entre las seis á que hago referencia, de Andaguala, sin duda una de las más importantes de mi ya numerosa colección de tinajas.



Fig. 3.—Urna de Andaguala Colec. Quiroga



¿Quién no cree ver en ella á Chiqui, con todo lo que es peculiar á la deidad funesta?—Esa fisonomía de la parte superior de la tinaja, á la derecha, es un mascarón de dar miedos, con sus grandes ojos y boca abiertos, sus largos brazos caidos, y sobre el hombre la *huma*, ó cabeza de sacrificio, con la cual la deidad funesta se aplaca. Entre ambos piés (piés y piernas que ya se transforman en iguales de *suri*), hay otra cabeza humana destroncada. En la parte delantera del trage está un *suri*, como en esqueleto. Su vestido es como el de una de nuestras mujeres; y, si mujer fuera esta figura, en nada desmentiría la tradición que dice que *una muger cacica* tenía la cabeza.

En la figura de la izquierda de la misma tinaja, la imagen representada tiene algo de aspecto más feroz. Parece que á la cabeza *cortada*

se la hubiese provisto de un cuerpo artificial. Eso que cae de ambos lados de la cabeza, como cometas que terminan como con un sol ó astro, parece ser una prueba más que todos estos dioses tienen atributos solares. En la parte inferior del vestido, como si dijéramos en la falda, está pintada una serpiente, que como ya lo demostró Ambrosetti (1), rarísima vez puede en urna alguna faltar. Lo notable y típico de esta figura, es que de su cabeza sale algo como un plumero ó rama:—es. sin duda, el *arbol* el *tacu* venerado, el algarrobo, del cual pendía la cabeza y bajo cuyo ramaje celebrábase la fiesta de Chiqui. Este detalle es notable, porque no hay fiesta sin árbol.

En la panza de la tinaja, ó sea la parte inferior de la misma, distínguense perfectamente dos avestruces ó *suris*, el uno al lado del otro, dejando un espacio en medio con el simbolismo de la serpiente de dos cabezas. El *suri* encuentrase generalmente en las urnas, ya porque tenga que ver con la demanda de agua, objeto primordial de los sacrificios, ó ya porque tenga que hacer con algo como *la trasmigración* del enterrado, dentro de la tinaja, ó ya porque el muerto se transformaba en este animal, tan típico, tan rápido en la carrera, tan hijo del desierto, que preocuparía al indio al verle en él.

El *suri*, dije antes y lo repito en esta oportunidad, tiene mucho que hacer con el Chiqui, ya sea porque la misma deidad funesta se vuelva avestruz, para vagar en el desierto y abrir las alas y el pico al menor soplo de una brisa cálida cargada de vapor de agua, ó ya porque en *suris* se tranforman sus sacrificados.

Que el *suri* tiene que hacer con Chiqui, pruébalo el hecho de que en la fiestas del mismo, cuando se le ofrecen las cabezas de *aves* de *Llastay*, es la del suri la única que no se presenta, excluyéndosela del sacrificio, como si este fuere motivo de veneración especial. Y no debe ser, sinó, porque Chiqui se transformaría en *suri*.

Refuerza esta idea, la tradición que se conserva en los pueblos indígenas de Amaicha y Colalao del Valle, de que las brujas, hechiceras y *machis*, para seguir viviendo en la tierra, transformábanse en animales. La Pacha Mama misma.—esto también lo saben los indios, —suele andar en las eminencias transformada en guanaco, llama ó vicuña, pastando en medio de la gran majada, como su *Illa* sobrenatural, velando por sus veloces protegidos y fecundando el seno de las hembras.

Chiqui, es, como Pacha Mama, un dios, y mucho más que un hechicero, un brujo ó un *machi*,—y transformaríase con más razón, por medio de alguna trasmigración especial, en animal, en avestruz, por

(1) *El Culto de la Serpiente*, Bol. del Inst. Geográfico Argentino, tomo XVII, pag 225.

lo que éste no figura en la fiesta del Chiqui y era mirado en Calchaquí con respeto religioso. El hecho mismo de encontrarse el *surí* en la misma urna que Chiqui, es un dato revelador. Véase, además, que el avestruz parece ir á la carrera, con las alas abiertas, largando de su pico la *serpiente*, lo que es síntoma de que el milagro está para consumarse, y que *vá á llover*.

A fin de que no quiera creerse que es casual todo el simbolismo de la Fig. 3, que acabo de reproducir y estudiar, vá en seguida otra urna funeraria de Andaguala (fig. 4). En esta lámina tenemos ya á Chiqui bajo el arbol, que, por la falta de sombras, parece brotar de la cabeza del ídolo.



Fig. 4.—Urna de Andaguala Colecc. Quiroga

Sobre el pecho está grabada una estrella lo que parece ratificar que algo de solar tenía este culto. Su trage toma las formas de un escudo, y toda la figura es caprichosa por sus dibujos. Los pies son de avestruz.

Particular es en esta urna que las dos figuras pintadas bajo las cejas del ídolo mayor, sean tan diversas, cuando suelen ser exactamente iguales, ó muy parecidas.

La figura de la izquierda de la tinaja, cuyos rasgos principales diseño, es todo un simbolismo, toda una madeja mitológica, sin duda. Sin embargo, distínguense perfectamente en medio de ella, dos *suris*, exactamente de las mismas formas del avestruz que aparece pintado en el traje de la Fig. 3, anterior. ¿No representará todo ese extraño simbolismo la transformación del Chiqui, de la derecha, en avestruz? Muy posible es que así sea.

Los dibujos de la parte inferior de la urna, apenas si pueden percibirse, pues el tiempo casi ha concluido de borrarles. Parecen carecer de importancia.

Del otro lado de la urna, no son menos notables sus pinturas, relativas al asunto de que me ocupo. Las figuras aparecen siempre con su cara triangular, bajo el árbol consabido. Las cabezas con cuello, del sacrificio, están patentes; el trage es semejante otra vez al de las mugeres; las piernas y pies son siempre parecidos á los del avestruz.

Para mayor abundancia, vá en seguida la urna Nº 316 de mi colección, también de Andaguala. Tanto las figuras de arriba, como las de la panza de la tinaja, representan al dios de la adversidad (Fig. 5). Las de la parte superior, son muy semejantes á las que acabo de describir, correspondientes á la urna anterior.

En las dos de la barriga ó panza de la tinaja, el ídolo, con su fiso-

nomía típica, tiene alzadas en sus manos, como enseñándolas, á las cabezas del sacrificio.

Podría presentar tres ejemplares más; pero con las láminas expuestas, basta para dejar demostrado, á mi juicio, cuanto más antes he dicho al respecto.



Fig. 5.—Urna de Andaguala Colecc. Quiroga

Si las figuras de las tinajas son representaciones de Chiqui, ya tenemos á éste en el simbolismo de las urnas funerarias de Calchaquí, y algo del misterio habremos contribuido á despejar.

Me falta saber únicamente si dentro de estas urnas, que conseguí vacías, estaba *la cabeza* del sacrificio, lo que es casi seguro. No lo puedo garantir, aunque me han traido cráneos de adultos que dícenme se encontraban en las urnas.

Si ello fuere así, el asunto quedaría, al parecer, despejado. Entonces, sabríamos con certeza cuanto dolor y cuanta sangre no costaría á nuestros indios el grito del pueblo sediento, á la sombra protectora del algarrobo, en uno de esos días en que el Sol ardiente quemaría la tierra, y el aire lleno de fuego azotaría el rostro abatido de la tribu suplicante:—*Inti rupas tian!*

II

El Puellay

El Inca Garcilaso nos refiere cuanta afición había en todo el Imperio incásico por las fiestas, las que se repetían varias veces todos los años.

Algunas de estas fiestas tenían carácter oficial, como cuando se labraban las tierras del rey. «Cuando se barbechaban, dice el Inca, (que «entónces era el trabajo de mayor contento) decían muchos cantares «que componían en loor de sus Incas, trocaban el trabajo en fiesta y «regocijo, porque era en servicio de su dios y de sus reyes» (1). La que sobresalía entre estas fiestas, era la celebrada en honor del Sol, en el mes de Junio, ó sea la de *Intip Raymi*, «que quiere decir la Pascua solemne del Sol.» Para ella, «traían grandes atabales y trom«petas, y muchos ministros que las tocaban. . . . en tres días (ayuno)

---

(1) COMENTARIOS REALES, Lib. V, Cap. II, pág. 332 (Ed. Madrid, 1829).

«comían un poco de maíz blanco, crudo, y un poco de yerbas que lla- «man Chucham y agua simple» (1).

Yo creo que más que á los peruanos, civilizados y laboriosos, placían á Calchaquí las fiestas. Nuestro indio era holgazán por naturaleza; sentía encantos por la vida errante; su placer favorito era la ebriedad; las grandes fiestas, por no llamarles las grandes orgías y las ruidosas bacanales, constituían su deleite cuotidiano.

Si el calchaquí hubiera conocido los viejos dioses, desde el primer momento apasionárase de Baco, el de las actitudes de serenidad y de embriaguez, el tipo del dios juvenil, casi desnudo, coronado de pámpanos y de yedra, como lo ideó Praxíteles, casi siempre acompañado de bacantes, sátiros, faunos y ménades, ó unido á Sileno, Pan, Ampelos, Melpémone, Semele, las Estaciones y otros tipos simbólicos de su estirpe.

Como Grecia creó á Baco juvenil y jovial, el indio creó á PUCLLAY, al viejo alegre, pintarrajeado de cabellos canos, viejo verde, como se diría hoy, encarnación del juego, de la alegría, de la fiesta, y, más que nada, de la embriaguez, que más que un hábito fué una virtud.

En la Gramática del Padre Torrez Rubio (2) *Pucllay* es jugar, y *Pucllacoc*, el que juega.

Pucllay, alegre, festivo y risueño, es el reverso de Chiqui airado.

Cuando uno medita en aquella divinidad de formas humanas, el espíritu instintivamente se vuelve tres siglos atrás, pareciéndole tener ante sus ojos una época. Desfilan al instante por la imaginación aquellas multitudes de hombres y de mujeres, llevando cántaras de aloja en la cabeza; vemos beber á los unos y oímos cantar á los otros, dando alaridos todos, saltando, corriendo, haciendo piruetas y muecas, tocando tamboretes, haciendo sonar cornetas y pingollos, en revuelta confusión, con sus trajes grotescos, el arco y la flecha á un lado, como si se tratase de un pueblo de locos ó de insensatos, que después de reír media docena de días concluye por pelear, con la excitación natural de las bebidas y licores salvajes, que hánse apurado en largas horas de algarabías y de insomnios, hasta que el ser humano, tendido en el suelo, se vuelve una bestia sin conciencia de su propia vida, entre los humos de la chicha fermentada que le dió á beber sueño.

Cántaros, y jarras, y vasos, y *yuros* se hallan á un metro de la tierra, como si Calchaquí, al lado de sus muertos heróicos, hubiera querido sepultar sus alegrías, guardando debajo, como una reliquia, la vasija de barro con que se libó á Pucllay.

---

(1) Garcilaso, Op. cit., Cap. XX, pág. 491.
(2) GRAMÁTICA QUICHUA, Dicción.

El río de Chaquiago (en Andalgala) llamábase *Pucya-mayu*.

Tinogasta está hoy día mismo lleno de Pucllay. Allí consiguió el doctor Schunk una de las imágenes de este ídolo, de madera, en un rancho indígena (1).

Pucllay es el héroe del Carnaval, porque éste siempre preside todos los juegos. Las gentes hacen allí un muñeco de trapo, que figura un viejo ridículo, bonachón, de cabeza encanecida, sin un sólo cabello negro, y en estremo andrajoso, como que no vive sinó en orgías.

Con su «genio y figura», móntase al viejo en un asno andariego y retozón de la comarca, al que sigue como en procesión la pueblada carnavalesca. Detrás de Pucllay, van en primer término cantores y cantoras (está demás decir que deben ser grandes bebedores de aloja), que alzan sus himnos de entusiasmo al toque repetido y monótono del tamborillo indígena. De cuando en cuando, ó en todos los trechos, se bebe y se canta una *vidalita*, monótona y dolorida, con aquel pie repetido de

«Vidalita por el Carnaval
«Que se ha de acabar
«Al año cabal. . . . »

De tiempo en tiempo, también, entre músicas, y jaleos, y risas, y bullicio, y cohetes, y algazaras, todos los del séquito echan almidón en la cara y cabeza del dios ridículo, del viejecito de trapo, que va sobre su burro moviéndose de un lado á otro, con el cuello suelto, como si no se pudiese tener de ebrio, disputándose cada cual la preferencia de echarle el primer puñado. Pónenle también coronas con vainas de algarroba, sarmientos con racimos de uvas, ramas con flores.

Cuando la procesión termina y la fiesta pasa, es necesario sepultar á Pucllay, porque ya se acabaron las alegrias, á fin de que éste reviva vigoroso al año siguiente.

El entierro debe siempre ser en las afueras de la aldea, y en suelo sombreado por la copa del *tacu*, al lado de su tronco. Al efecto, cábase la fosa; en su fondo se le recuesta; le cantan; ármanle duelo forzado; se grita, se llora, por niños, hombres y mujeres. Sobre este muñeco enterrado se echan frutas, lo que quiere decir que ha de duplicar los productos en otro aniversario de alegría. Después le echan tierra, largando cada cual un puñado en la fosa.

---

(1) Este ídolo ha sido descrito por su dueño en un diario *La Reacción* (Catamarca), en uno de sus primeros números, que no he podido conseguir; creo que en 1891 se publicó.

Una vez sepultado Pucllay, cesan los llantos. El Carnaval concluye, y recomienzan las diurnas faenas.

Conviene notar que en el entierro del Baco Calchaquí, el *arbol* es indispensable; y si hago notar esto con insistencia, es por la coincidencia particular de que los primeros ídolos de Baco griego se relacionaban con el culto fetichista *de los árboles*, «en los que suponían «*que había fijado su residencia*. Al lado de estas representaciones «naturales, la mano del hombre comenzó á modelar imágenes de una «rudeza primitiva, consistentes en un poste adornado *con telas y una* «*mascarilla pintada de rojo*» (1).



Fig. 6.—Ídolo tinaja de Amaicha Colecc. Quiroga

Entre los numerosos objetos de mi colección, la expléndida alfarería del *ídolo-tinaja*, de casi tres cuartas de alto, sin duda que representa á Pucllay, el dios festivo. (Fig. 6).

No es este el lugar oportuno para hacer una descripción completa del ídolo, del cual señalaré solamente los rasgos típicos que hacen que yo lo tome por Pucllay.

Su fisonomía, aplanada por el artista, revela alegría y contento: están abiertos sus grandes ojos, provistos de pupilas; en su boca se distinguen perfectamente sus raleados dientes en relieve, pues parece que está riendo. De un lado y de otro, hasta la mitad de la mejilla, tiene pintados cuadrados rojos alternados, como se vé en la lámina, los que contrastan con el color amarillo de su cara. Esto es otra prueba de que este dios pintarrajeado está alegre y de fiesta, con su particular tatuage. Estos colores me hacen pensar en la singular coincidencia de la «mascarilla pintada de rojo» de Baco, en la cita que hice más arriba.

Que se trata de un dios festivo, compruébalo mayormente la música ó flauta, como ocarina, que tiene entre las manos. Esta flauta, de relieve, lleva cuatro agujeritos para el sonido en la parte superior de la misma.

En sus orejas (una está comida por el tiempo) tiene una especie de moña; y sin duda es atadura de trenza, pues que en la frente del

---

(1) Dicc. Encicloped. Hispano-Americano, Tomo III, pág. 24 (Barcelona, 1888).

ídolo se ve su cabello partido, lo que continúa por la parte posterior de la cabeza.

En el corto cuello tiene pintado algo como collar ó gargantilla.

Este ídolo-tinaja, por lo demás, es todo hueco, inclusive su cara aplanada, y su forma es como la de un trombón, como si se hubiese querido que el sonido de su música llenara los aires.

Si tuviera alguna noticia de que los naturales adoraran á algún dios de la música, no tendría inconveniente en atribuir esta hermosa imágen á ese dios; pero, como creo que no lo hubo jamás en Calchaquí, no trepidaré en llamar Pucllay á este dios alegre, risueño, de cara pintada, eternamente con su flauta entre ambas manos.

Hoy, como antes, se ha tratado de que el dios festivo desaparezca; pero todas las tentativas han sido inútiles. Los misioneros católicos, á pesar de sus esfuerzos, jamás pudieron quitar á Calchaquí su furor por las fiestas y bacanales, ni alejar de su boca el vaso de la ***inmunda chicha***, como llama Lozano al licor de las libaciones. Tuvieron que dejar al indio en sus hábitos inveterados; y en las grandes festividades religiosas, y en los carnavales, nadie contenía al calchaquí, ya se trate de la fiesta del Patrón de la localidad ó de la veneración del Niño Jesús:—la ruidosa bacanal ha de ser el principio y fin del festival, como lo es hasta hoy en Machigasta, Tinogasta y Fiambalá, especialmente.

Pucllay vivirá mucho tiempo más; y las codiciadas vainas amarillas de la algarroba, harán evocar su recuerdo en cada estío.

III

La Chaya

La fiesta de la *Chaya*, es la misma fiesta de Carnaval, la de los tres dias de locura sin término, repetida año á año, con desenfreno primitivo, en escenas que no corresponden á la cultura y costumbres actuales, que rememoran el pasado de una manera atávica, dándonos una idea más ó menos perfecta de Calchaquí alegre, festivo, cantor y ebrio.

La fibra nativa se sacude, como pulsada por los recuerdos, al escucharse en el rancho al tamboril olvidado durante un año, que se descuelga de la pared y se le adorna con cintas de colores, de sonidos secos como el bombo, menos bullicioso pero más grave que la pandereta española; llenan los aires en la noche cálida y tranquila los ecos dulces de la flauta de caña y cera, de la que brotan, como

envueltas en un coro de tristezas, las *vidalitas* sentimentales; el cántaro rebosa de aloja de algarroba, que chispea como la alegría del corazón de la turba que ya viene á la fiesta por las estrechas sendas de cercos de tala y *tusca*.

El teatro de la escena carnavalesca suele ser Malligasta, Anguinán, Nonogasta, Vichigasta, los demás pueblos, algún lugar de Pomán mismo y Fiambalá tinogasteño.

Toda la fiesta tiene mucho que ver con el Pucllay, cuya silueta acabo de hacer, el que aparece desde el primer día, aunque sea en la forma de una gran *guagua* de harina en el juego de las *comadres* y de los *topamientos*, como lo he visto en una aldehuela de Capayán.

El autor de Mis Montañas, en un capítulo de valer, más que por la retórica, por la observación, lleno de verdad y colorido locales, (1), sospecha el origen de la fiesta, cuando escribe á propósito de la Chaya: «He penetrado en el fondo de la sociabilidad de esos pueblos; he «estudiado los ritos, las costumbres y las ideas embrionarias; pero «una sombra impenetrable envuelve la filiación sociológica de aque«lla institución y de las ceremonias carnavalescas que voy á relatar «en las cuales parece aquella masa semisalvaje pugnando por volver «al punto de partida, á la existencia selvática de la edad inculta, im«pelida por alguna fuerza latente de atavismo, ó por las influencias «todavía vigorosas de la tierra que la sustenta».

En esos días reina el *Baco Beodo*, que pintó Miguel Angel, concervado como arte y como verdad en el Museo degl'Uffizii, de Florencia

Mucho antes de Carnaval comienzan los preparativos de la fiesta de la Chaya. Largas caravanas de gentes, montadas en asnos aporreados y hambrientos, dejan la aldea, para ir á pasar unas semanas á la sombra de los algarrobales, porque ha llegado el tiempo de recojer las vainas que amarillean, y que irán á parar á la *pirhua*, después de consumida la cantidad necesaria en la fiesta. El rancho queda desierto, cubierta su puerta con un cuero, quedando solitaria la aldea después de unos días. En el campo se improvisan viviendas, y á los algarrobales se trepan hombres, mugeres y niños á recojer el codiciado fruto calchaquí. Por la tarde ó la noche se ensayan las clásicas vidalitas de carnaval, que el gaucho entendido compone, en *letras* de cuatro versos, ya quichuas, ya quichua y español, ó simplemente español. Al compás del tamborete, con música de flauta de caña ó violín de cuerdas de tripas, ensayánse también los cantares de la Chaya y Pucllay, designándose de antemano á los protagonistas directores, como padres y comadres en la fiesta cercana.

Hecha la cosecha, y listo ya todo, las gentes vuelven á la aldea, y

(1) Cap. XVII, pag. 232.

cuando el carnaval comienza, está lista la algarroba fermentada en los viejos odres de barro.

Entonces, desde el primer día de carnaval, comienza la *Chaya*, que es la fiesta misma. Correrías á caballo y á pié; bailes en los ranchos ó la pulpería; cantos y vidalitas á toda hora, aloja el día entero, bebida en grandes porongos; relaciones, gritos infernales; aplausos de manos; baldadas de agua y puñados de almidón y harina, con clavo de olor, que no es permitido limpiarlo ó sacarlo del rostro de la muchacha, alegre y retozona, vestida de coloretes, con un pañuelo rojo al pecho, ó ya á los hombres, de largas botas, con el sombrero encasquetado hasta los ojos, adornados con gajos de albahaca olorosa; los topamientos, el juego de las comadres:—todo eso y mucho más constituye la Chaya, que sólo se suspende cuando ya las gentes no pueden tenerse en pié por la embriaguez.

«Otras escenas de carácter indígena, dice el mismo Gonzalez (1), y «cuyo significado es ya imposible comprender, se desarrollan en los «ranchos de las orillas, entre la gente más torpe, que no tiene otra «manera de manifestar las alegrías ni los pesares que la embriaguez. «Los actores de ellas son los descendientes más directos de los anti«guos pobladores, raza intermedia, degenerada, llena de preocupacio«nes propias de la barbarie, y de costumbres que parecen ritos de «una religión perdida, de la cual sólo restasen vagas nociones ó re«cuerdos imperceptibles. El carnaval «ó la Chaya» es para el indígena «una institución, una orden con ritualidades y preceptos extraños, con «prácticas tradicionales, con jerarquías, con relaciones curiosas á la «historia y á la naturaleza de la región emparentada por vinculaciones «singularísimas con la sociología de todas las razas de un mismo ni«vel de cultura, y en las cuales una observación profunda descubriría «tal vez ténues vislumbres de la civilización conquistadora, en medio «de los nebulosos hábitos de la edad prehistórica.»

Por otro lado, en estas fiestas jamás faltan numerosas escenas y cantos indígenas. He aquí uno de los versos que cantan en Fiambalá y todo el Norte de Tinogasta, tal cual hoy se lo repite:

«Nuncancholo
«Piscocami
«Saucepatamp
«Iguaicami
«Tumpa vaira
«Basta vaqui
«Brasos mique
«Purmai carpi.»

(1) *Mis Montañas*, lug. cit., pag. 230 y 231

En el último dia de la fiesta tiene lugar la escena más tipicamente salvaje, cuyo marcado origen ó descendencia indígena no puede ponerse en duda. Es la manera cómo se despide á la Chaya.

En el centro de una gran rueda de hombres y mujeres, llenos de almidón y con ramos de albahacas, se coloca un gran cántaro de aloja, del cual sacan todos para beber con una avidez y entusiasmo repentinos, sin ahorrar un momento de tiempo, como si fuesen más veloces que nunca las horas de alegría.

Estalla de golpe la música, tocada por un grupo que obedece á los golpes repetidos del bombo.

Reanúdase la lucha, más encarnizada que antes, á puñados de almidón y de harina. Se grita con estrépito y se cantan *vidalitas* á toda voz.

Entre canto y canto, domina la embriaguez, y aquello se vuelve una orgía atronadora.

Llega la noche.

Por un momento suspéndese la algazara. Uno de los músicos, que ya no puede cantar más, se coloca en un banco en medio de la rueda, la que comienza á dar vueltas en torno suyo, siempre bebiendo. Cuando llega cada cual frente al «ídolo ebrio», que constantemente golpea el parche de su tamborete, arrójale puñados de almidón, échale un jarro de aloja en la boca, la que debe tragar cuanto posible le sea.

La salvaje diversión dura hasta que el «ídolo ébrio» no se puede tener más, y convertido en una bestía sin acción, rueda por el suelo, salvaje escena que es saludada por una estrepidosa algazara, lanzándose inmediatamente todos sobre el ébrio, tirándole almidón, harina, aloja, albahaca, pisándolo, arrastrándolo, entre risas y alaridos . . .

¿Quién no ve en este ídolo humano al viejo Pucllay, centro de la rueda carnavalesca, y objeto de los últimos entusiasmos en la fiesta de la Chaya?

Allí está en medio el dios ébrio, coronado de ramas verdes, andrajoso, llena la cara de almidón, objeto de los cantos más decidores de la vidalita, con la cántara del *tacu* á su lado, bebiendo como un tonel, entre risas estrepitosas, hasta que cae de su trono, para que todas las alegrias se acaben...

Concluye la Chaya, y el sueño reparador, se apodera de los carnavaleros, hasta que reparan sus fuerzas, volviendo la aldea á su vida monótona é invariable de todos los días: los hombres buscan sus bueyes, para arar la tierra; las viejas hilan el algodón ó la lana de guanaco; las muchachas antes que nada, examinan sus conciencias, arrepentidas de las licencias de los tres días, y los muchachos, repitiendo todavía en voz baja la última vidalita, vuelven á ensillar los

burros hambrientos y se dirigen al campo á acarrear la leña para el hogar de *quincha*.

IV

El Llastay

Llastay y la *Pacha Mama* parecen gemelos en la tradición religiosa de los calchaquíes. Sin embargo, dos observaciones pueden hacerce respecto á ambos, que caracterizan diferencias entre el primero y la segunda.

Tanto el uno como el otro, son los númenes de la tierra ó de la localidad, siendo *Llastay* el genio protector masculino, y Pacha Mama, femenina.

Las observaciones á hacerse, son las siguientes: en primer lugar, Pachamama es especialmente la madre de los *cerros*, y por eso predomina en su Calchaquí montañoso, mientras que Llastay es el numen do la *llanura*. En segundo lugar, Llastay es pura y simplemente el «Dueño de las *Aves*», mientras que Pacha Mama no sólo es dueña de todo animal, sinó que propicia las siembras y preside la buenaventura, al revés de Chiqui. De este modo, yo no conozco que á Llastay se le invoque sino únicamente para ser propicio á la caza; mientras que Pachamama es invocada como á la dispensadora de felicidad ó suerte en toda empresa,—trátese de caza, de acrecentar el rebaño, tener abundante cosecha, y demás.

Pachamama parece ser el todo; Llastay, una de sus personas, quizá uno de sus atributos, en lo que se refiere al cuidado de las aves de la llanura. Y de aquí, sin duda, que cuando más al Norte se anda en los valles calchaquíes, y más se acerca uno á las grandes montañas ó sección andina, más se sabe de Pachamama, y apenas si Llastay es un mito un tanto vago, casi ignorado, que ocupa un lugar inferior al de un simple semi-dios. Pero, ¿quién no ha oido mentar á aquella por los pueblos de la Rioja, parte del Norte de Pomán, Andalgalá, Belén y Tinogasta, en Catamarca?

Allí es una especie de Diana,—algo como el Dios Pan de los bosques, que tiene que ver con todo lo que se relaciona con la caza, y que cuida de las *aves*, entendiéndose por éstas todo animal que sirve al hombre, y que no vuela, como el guanaco, el avestruz, la liebre, el quirquincho, etc.

Llastay, como dueño de las aves, quiere que se le propicie ó venere por parte del cazador, pues de lo contrario este no será feliz en su empresa, y hasta corre riesgos de *apunarse* en los cerros. Si no

se invocó ó se sacrificó algo á Llastay, ó no aparecerán las aves, ó sentirán, para la fuga, la planta del cazador, ó no acertará éste con el lazo ó la boleadora.

De aquí es que, formando los cazadores bajo la dirección de un capitan, constituyendo lo que se llama *kachà-kuna*, ó junta de gentes, antes de emprender la partida, sea en una *apacheta*, ó cabando un hollo, se invoca la protección de Llastay, arrojando sobre aquella ó dentro de éste, que se tapa, coca, maiz, tabaco ó *llicta*, como ofrenda.

Llastay hasta hoy es tenido en mucho por los paisanos de los valles Calchaquíes; y de aquí es que Lafone Quevedo (1) dice: «¿Quién «de nosotros, que vive en los campos de Catamarca, Andalgala ó Ma«chigasta no ha oido á su peon exclamar—*Viditay el Llastay*, cuando «de sus mismos pies arranca un *suri*, *huilla* ó *talca*, es decir, aves«truz, liebre ó guanaco?»

Las *Illas*, los animales castrados ó *mascotas* del rebaño, que hacen que este no sufra desgracia ó merma, es muy posible, por lo mismo, que tengan qne hacer con Llastay.

Llastay como cuidador de las aves, se parece á Valmiki indio, indignado por la muerte de la pobre garza.

Esta protección y cuidado á las aves es tal, que cuenta la tradición que cuando el enemigo blanco descendía al cerro, y una guanaca y su pequeñuelo estuvieron en peligro de verse rodeados,—que el indio creía que la conquista se estendía hasta á las aves,—Llastay avisó del peligro al pequeño guanaco, para que fugara con su madre á la cumbre, entablándose este tan nativo como sentido diálogo, que literalmente me ha dictado el indio—médico *Bambicha*, entre el *tekesito* y aquella:

GUANAQUITO—*Atari, mamita* (Levántate, mamita)
Enmigo rodianchi (El enemigo nos rodea)
GUANACA —*Upallai guagüita* (Cállate, mi hijito)
Cardoncisa kastianki (Flor de cardón estás viendo)

(Después de esto, la tomaron á la guanaca; el guanaquito pudo huir porque hallóse, advertidamente, sobre un peñasco (*rumi-santiarca*)

Y dijo entonces la

GUANACA—Tenía razón mi hijo.

(El guanaquito huyó, trepando al cerro (*sachaman-rerka*), donde

(1) CULTO DE TONAPA, página 59 (Museo de la Plata, 1892)—Véase también COSTUMBRES Y SUPERSTICIONES, de Ambrosetti, página 35.—1896.

guarecióse. A la guanaca (*huaño-chinco)* la mataron. Entonces dijo el

GUANAQUITO—*Mamaita huañocheranco!* (á mi madre la mataron!)

V

La Pacha Mama

PACHA MAMA, *kusiya, kusiya!*—es la invocación, hoy día mismo, del calchaquí á la Madre Tierra para la felicidad de cualquiera empresa. La demanda su protección maternal, diciéndola «ayúdame», ó «haz que me vaya bien!»

El culto á esta divinidad, es el culto á la tierra de otras regiones primitivas, á su fuerza fecundante y reproductora, lo que nuestro salvaje hace, instintiva é inconcientemente, *fálico*, porque no puede pensar en fecundación sin el seno de la mujer y el parto.

Esto será luego ampliado.

En el Viejo mundo, así nacieron en la antigüedad los pueblos, á los pechos de Ceres, «la tierra misma, *Tierra mater, De Meter*, la buena «madre nodriza, tan naturalmente adorada por la humanidad reconocida», al decir de Michelet. (1)

Sin Pacha Mama el indio no puede vivir, como no vivía el heleno sin Ceres, Persefone ó Proserpina. La guerra misma deteníase ante sus altares; y templos tuvo la madre tierra en la pelásgica Dodona, la misteriosa Samatracia, la volcánica Sicilia y gargantas de las Termópilas. Así como estas divinidades, la nativa es reproducción, fecundidad, amor á lo que de ella nace, pasión material: *mama*, con tan cariñosamente la significa el indio.

El nombre de Pachamama, es compuesto de *Pacha* v *Mama*. *Pacha*, es «universo, mundo, tiempo, lugar,» dando estas dos últimas acepciones el Padre Torres Rubio; y de aquí que *Pacha-Yachic* sea «Hacedor del Universo». *Mama*, es «madre,»—de modo que Pacha Mama es «madre de la tierra», «madre del lugar, del valle» ó «madre de los cerros,» como la llaman los indios Calchaquíes del valle de Yocavil·

Junto con Chiqui, sin duda, la cultura del Inca introdujo á la Pachamama, que forma contraste con aquel: dos divinidades que se repelen: el primero, destruyendo, alentando la adversidad, que es él la adversidad en persona, exigiendo humanos sacrificios para aplacarse;

(1) BIBLIA DE LA HUMANIDAD, cap. III, pág. 107.

la segunda, al revés, haciendo nacer desde la mata de hierba de la cumbre, hasta el maiz de la falda, protectora del hombre y de la bestia, alma de la naturaleza, tan misteriosamente adorada por el indio, para probar una vez más que no todo era rabia en su espíritu, sinó que dentro su superstición admitía poesía, y dentro de sus melancolías crepusculares, cantares y músicas.

El culto de Pachamama, sin duda por el caracter *sui generis* de esta divinidad nativa, de tan alta significación, ha pasado casi intacto al presente, y hoy mismo, en los valles calchaquíes, santamarianos y salteños, no hay quien no sepa de la Pachamama, ni hay quien deje de ofrecerla las primicias de todo, invocando su protección contra la adversidad. De los otros cultos no quedan sinó reminiscencias; y si se recuerda de Chiqui ó de Puclay, es porque estos, más que nada, sirven á los descendientes de los calchaquíes de pretesto para beber y armar orgías, pero sin que la inmensa mayoría crea más en ellos. Son dioses destronados, en su caracter de tales.

Hay que tener en cuenta una otra circunstancia: en pueblos relativamente civilizados como el Perú, á sus habitantes no costó adoptar la nueva religión—la cristiana, y así vemos que desaparecen en el Imperio, como por encanto, los más altos dioses, como Pachacamac, Tonapa y Huiracocha, y hasta el Padre Sol. Pero en las razas más indomables y menos civilizadas, como la nuestra, aunque el catolicismo se impuso, después de una larga y tenaz lucha de conciencia, las divinidades nativas quedaron siempre arraigadas en el espíritu de la raza, y sobrevivieron á la destrucción y caída del culto propio. Los calchaquíes fueron más leales que los peruanos con sus costumbres, caracter, ritos y demás que constituye la idiosincracia étnica de raza.

Es también que fueron más raza, en el sentido del autoctonismo americano, que los peruanos. El calchaquí, fué hombre siempre; el peruano no pasó de ser *runa*.

Sin embargo, los que propician á Pacha Mama hoy día mismo, lo ocultan con mayor reserva, de modo que cuesta un triunfo adquirir un dato para el Folk Lore. Ambrosetti (1), con observación propia, lo ha hecho notar: «Los actuales calchaquíes, escribe, son muy desconfiados, «no gustan hablar de estas cosas, puesto que siempre temen la bur«la de quien los oye, y porque en su mayor parte, las ceremonias re«visten para ellos un caracter íntimo, que efectúan sólo dentro de su «comunidad, para sustraerlas á la vista de las personas profanas, de «quienes están seguros de que no han de recibir aprobación. En los «pueblos, en las iglesias, oyendo á las personas y sacerdotes, niegan «la práctica de estas ceremonias, y las ocultan quizás hasta en la

(1) Costumbres y tradiciones de los Calchaquíes, pág 5 (1896).

«confesión; puede ser que algunos hagan propósito de enmienda, pero «en llegados á sus montañas, colocados de nuevo en su medio ambiente, la herencia vibra otra vez en sus cerebros, el temor á la «Pacha Mama surge delante de ellos, y las ofrendas y libaciones en «su honor se repiten en cada una de sus faenas, con la persistencia «de la idea fija. Las prácticas cristianas aprendidas á medias, y las «supersticiones derivadas de ellas, surgen á su vez, y ante este conflicto de lo sagrado y profano, el cerebro inculto del indio no halla «otra solución sinó el asociar ambas cosas, y de allí nace esa curiosa «promiscuidad de los dos ritos, que hallaremos á cada paso para sus «ceremonias.

La Pacha Mama, tanto por su nombre etimológico, como por el *la* que se antepone, como por lo que la tradición dice, es un dios femenino, que produce, que engendra, y seguramente que, por lo mismo, tiene esta divinidad que hacer con el falo. Además, sabemos por la tradición corriente y los datos del Folk Lore, que esta *mujer* es una *vieja*, madre de todos los cerros, y que en ellos vive. Así mismo, cuéntase que si algún viajero se estravía en los cerros y llega á ver su faz, no sale más de ellos, ó vuelve influenciado, ó lleno de *daño*.— sin duda lleno de anhelos eróticos y deseos lúbricos, pues tradición hay en Tinogasta,—yo lo he oído,—que mujeres hubo que fueron al cerro y *quedaron en cinta*, sin haber tenido contacto con hombre alguno.

Aquí es el caso de preguntar: ¿qué hado puede producir semejante estado, si no es la potencia reproductiva de la dueña de los cerros, ó algún Llastay que á esta acompaña, para que sea varon el que tal hace?

En un artículo publicado en un diario de Tucuman (1) se dice al respecto: «Pacha-Mama es concebida por el Calchaquí como una vieja «que, dueña y madre de los cerros, tiene el poder sugestivo de atraer«se á los que por ellos transitan, y de hacer que la tierra sea ó no «fructífera; asegurándose por medio de cultos, quiza inmorales, pero «no crueles, la buena disposición de la Pacha-Mama para que las co«sechas den fructíferos resultados, así como para cualquier otra em«presa que intenten.»

Por otro lado, sabido es que para cualquier cosa que sea *producción*, ya de animales, haciendas, granos ó semillas, es necesario propiciar á la Madre Tierra, como hoy se hace de diario en Calchaquí, ó valle de Yocavil, sabiéndose que *Yoca* es miembro (2), lo que puede tener conexión con este asunto.

---

(1) C. R. Pozuelo, *La Provincia* (Marzo de 1896.)

(2) *Yoc* ó *allo*, en aimará, equivalente á *ullo* en quichua. El aimará tiene mucho que hacer en Calchaquí.

Es por todos estos motivos que estoy de perfecto acuerdo con nuestro americanista Ambrosetti (1), cuando piensa que son representaciones de Pacha Mama los ídolos femeninos que en esa ocasión nos presenta, y que por su importancia reproduzco en seguida.



Fig. 7.—Ídolo de Santa María (Catamarca)

En el primero de estos ídolos (Fig. 7), perteneciente al Museo Nacional, y que se ve de frente, se nota desde el primer momento que se trata de una vieja, de extraño taguage; su barriga está ceñida por una faja, con sus mamas, y su matriz y sus piernas recogidas como en cuclillas.

Vista de lado (Fig. 7 bis), se ve que por medio de una *vincha* sostiene sobre sus espaldas una bolsa, de bellos grabados, lo mismo que una pequeña cántara. La bolsa, serviría sin duda para colocar en ella lo que va á producir, y la cántara debe ser alusiva á agua.

Bien, pues, como dice Ambrosetti: «A «todas luces se ve que es un verdadero «ídolo; y sobre esto no parece caber duda, «puesto que es muy difícil que el artista «indio, se hubiera tomado tanto trabajo «para esculpir en la dura piedra una figu«ra, con todo ese lujo de detalles, sim«plemente para entretenerse . . Una mu«jer vieja, que carga sobre sus hombros una bolsa y un cántaro, debe ser la divinidad que presidía á la abundancia del «agua y de las mieses, y esta sólo parece «ser, ó la *Pacha Mama* ó alguna otra per«sonalidad mitológica de igual equivalen«cia». (1)



Fig. 7 bis.—El anterior visto de lado

Agregaré que la matriz indica á las claras la idea fálica del ídolo y que su vientre abultado está indicando reproducción.

En igual caso se encuentra el ídolo figs. 8 y 8 bis perteneciente á la colección del doctor Wolff de Córdoba cuyo dibujo me ha sido co-

---

(1) Notas de Arqueología Calchaquí.

(2) *Boletín del Instituto Geográfico*, Tom. XVII, Nos. 7, 8 y 9, pags. 459 á 454.

() Lug. cit. pag. 451.

municado por el señor Ambrosetti quien lo considera idéntico al anterior.

El otro de los ídolos (Fig. 9), que fué publicado con anterioridad en la Revista del Museo de la Plata (1), es, sin duda, otra representación de Pachamama.



Fig. 8.—Colección Wolff (Córdoba)

Como se ve en la figura, como en la anterior, se trata de otro ídolo femenino, cuyo sexo está bien marcado; su fisonomía es también la de una vieja, con su tatuage especial, y sin más vestido que la faja á mitad del cuerpo.

Se trata de dos ídolos sumamente semejantes; pero, sin embargo, alguien pudiera creer que se trata de una simple coincidencia, como suele muchas veces acontecer.

Encárgome de desvanecer esta idea con el siguiente ídolo femenino de mi colección, que encontré en Enero pasado en Los Angeles, Departamento de Capayán (Catamarca), y que tantos rasgos de semejanza tiene con el primero de los Ambrosetti (Fig. 10).



Fig. 8 bis.—El anterior visto por la espalda

Lleva el N°. 24 en mi colección de Capayán, y va dibujado, de tamaño natural, de frente y de espalda.

Este objeto (siempre de piedra), es para mí un representante aún más típico que los anteriores, de la Pacha Mama.

Lo único que no tiene es el tatuage de la cara; pero en cambio se nos presenta con los carrillos inflamados, de tanta fuerza que hace, pues encuéntrase en el momento mismo *del parto*, para corroborar lo que antes dije al respecto.

Su fisonomía es también la de una vieja. Su estado de preñez se nota á la simple vista, por el abultamiento del vientre. Sufre dolores, y por eso se lleva la mano á la barriga, á la que vese se aprieta con fuerza. La *faja*, está corrida hácia abajo. Se halla sentada en cuclillas. Su cabeza, en la parte superior, es agujereada, en la forma del vaso ó tinaja de la primera de estas tres figuras femeninas.

---

(1) Herman Ten Kate, Revista cit., V, Ambrosetti cit., pag. 453.

El detalle de la parte posterior del cuerpo (Fig. 10 bis), es bien significativo. Está abriéndose con la otra mano la matriz. El brazo pasa por el costado. Parece que quisiera dar ligera salida al fruto de su vientre.

¿Se quiere mayor y más evidente prueba?...

Continuemos ahora con las noticias del *Folk Lore*.

Repito que á la Pacha Mama, siendo el *Genuis Loci* ó «Numen del Lugar», como la llama Lafone Quevedo (1), hay que propiciar de diario, con motivo de cualquier faena de la cual se aguardan *productos*.

Las primicias son siempre para esta divinidad, pródiga en retribuciones: si se siembra, hay que depositar el primer grano en la tierra. en su honor; si se carnea, hay que arrojar al suelo la primera entraña de la res; si se bebe, hay que derramar una porción de líquido antes de hacerlo; si se come, igual cosa se hace con el alimento; lo mismo si se coquea; si se viaja, y se da con la *apacheta* del camino, hay que arrojar sobre ella el *acullico*, hojas de coca, gajitos de árbol, pedazos de palo, el cigarro que se fuma, un trapo, ó cualquier otra cosa, como lo he visto en las apachetas del largo camino de Masán á Tinogasta.

Fig. 9. — Ídolo de Molinos Colec. Zavaleta

Es claro que en toda siembra será segura la invocación á la Pacha Mama, como hasta hoy es práctica en los valles calchaquíes de Salta y Jujuy.

En esta última Provincia, la gente sembradora se adorna con cintas y moños de colores; llevan al rastrojo *locro* con librillo, el que se derrama sobre las espigas que guardan el grano de la siembra, rociadas de ante mano con *chicha*. Lo que queda de la comida, en sus respectivos pequeños *yuros* es enterrado en medio del rastrojo, con un poco de *Illcta*. El más anciano invoca entonces á Pacha Mama, pidiéndola que la siembra reditúe: *Kusiya, kusiya!*

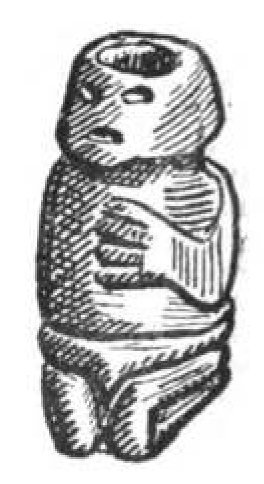


Fig. 10.—Ídolo de Capayán Colec. Quiroga

En la caza, invócase igualmente á la Pacha Mama para ser feliz en ella, dando vicuñas á los cazadores, sin mezquinarlas, y fortuna, sin *apunarlos*. Es á la falda del cerro, agrupados los cazadores, donde se caba un agujero, en el

(1) *Culto de Tonapa*, cit., pág. 58.

cual se deposita la ofrenda, consistente en gajitos de arbol, coca y *llicta*, durante lo cual el gefe de los cazadores derrama aguardiente, y pronuncia la siguiente invocación:

«Pacha Mama—Santa Tierra
«Kusiya, Kusiya.
«Vicuñata cuay
«Amá—mi—cha—uáicho
Fortunata cuay
«Amaón—cori—uaicho
«Kusiya, kusiya.»

Pacha Mama interviene también en la medicina, cuando se trata de un enfermo que ha andado por el cerro, á quien da un síncope ó desmayo, porque lo que entónces sucede es que éste, por haberlo visto, ha sido despojado de su alma. La médica del lugar, que debe ser lo que antes un *machi*, usando da un ceremonial supersticioso, pide á la Pacha Mama que vuelva el espíritu al enfermo, al que se deja abandonado durante la noche, para que aquel, sin ser visto de nadie, se introduzca otra vez al cuerpo. Si el enfermo sana, éste tiene deber de pagar á la médica y sus ayudantes, así como de mostrarse grato á la madre del cerro, en el cual se *apunó*.

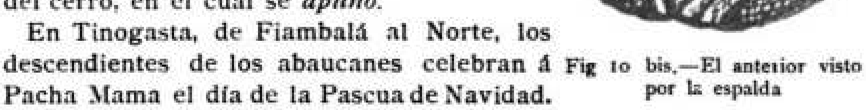


Fig 10 bis.—El anterior visto por la espalda

En Tinogasta, de Fiambalá al Norte, los descendientes de los abaucanes celebran á Pacha Mama el día de la Pascua de Navidad. Entre los vecinos dan un gran banquete, en el que los platos privilegiados son la carne con cuero y los pasteles. A la cabecera de la mesa, caban un agujero, dentro del cual se coloca un gran *huillqui*. Antes de servirse de cada potage, arrojan en la fuente un poco del mismo. Cuando la boda ha concluido, tapan el agujero, y en seguida vienen los bailes y las grandes fiestas, más ó menos al estilo de las ya descritas.

Cierro este capítulo repitiendo lo que el señor Pozuelo dice con tanta verdad, refiriéndose á este culto: «Si el primitivo *Chiqui* era «considerado cruel y sanguinario por la imaginación Calchaquí, y por «eso al caracter del dios amoldaban sus costumbres, y sus prácticas «religiosas estaban revestidas de la crueldad de aquel á quien temían, «el culto de la Pacha Mama, que lo ha sustituido en su espíritu, de-

«muestra que es una raza tan susceptible de perfeccionarse que bas-«taría el más ligero soplo de la civilización para que se incorporase «de lleno á la vida culta. La Pacha Mama, importada del Perú, re-«presenta un progreso revelador de lo susceptible de perfeccionamien-«to que es la raza que nos ocupa, y su disposición para la vida del «trabajo.» (1)

(1) Op. cit.

ADÁN QUIROGA.

Tucumán, Agosto 1° de 1897.